

## El derecho a vivir y a morir

■ Los pueblos tienen diferentes formas de expresarse en el arte dramático. No sólo es un problema de sensibilidad y de cultura, también lo es de preocupaciones vitales. Las tan denigradas teleseries son una expresión típicamente latinoamericana, cuyo antecedente inmediato se encuentra en el radioteatro. No podemos extrañarnos del fervor de que gozan entre nosotros teleseries donde se exaltan burdos sentimientos, si recordamos que algunas décadas atrás hubo un actor cubano que, en nuestro país, hizo la América transmitiendo en episodios algo que se llamó "El Derecho a Nacer" y que, después de sus emisiones radiales, fue llevada a todos los teatros de los barrios, paseada por ciudades y pueblos de nuestra larga geografía para terminar convertida en una película que quebró récords de taquilla en toda Latinoamérica.

Con todo lo burdo y lo grueso que era ese dramón, su sustancia era significativa. El constituía un alegato contra el aborto y sobre el derecho que todo germen vital tiene a su pleno desarrollo. Nada de extraño tiene ese tema. Siempre las obras dramáticas nos presentan personajes cuyo superobjetivo es vivir o sobrevivir. Lo anterior es válido tanto para Shakespeare como para Moyá Grau y para cualquier guionista de cine que bien sabe que el público comentará que la película termina bien, si el protagonista vive y que termina mal, si el protagonista muere.

Sin embargo, un nuevo fenómeno principia a aparecer en el teatro, tanto europeo como norteamericano. Un nuevo héroe emerge que, al menos para nosotros, los latinoamericanos, nos resulta exótico. Se trata del hombre que, a diferencia de los personajes del dramón de Doroteo Martí, en vez de luchar por el derecho a nacer o a vivir, luchan por validar su derecho a morir.

Es el caso de la obra de mayor éxito en la actual temporada de Londres. Su nombre es "En todo caso ¿de quién es esta vida?", y su protagonista es un escultor que, a causa de un accidente, ha

quedado totalmente paralizado. Apenas él puede mover la cabeza de derecha a izquierda, lo que le hace comentar con negro humor: "La única actividad que puedo desempeñar ahora es la de árbitro en un partido de tenis".

Pues bien, el conflicto de la obra que apasiona a los sofisticados e intelectuales espectadores londinenses lo constituyen los esfuerzos de médicos, enfermeras y personal del hospital donde está internado el protagonista por mantenerlo con vida y los de éste para convencerlos de la inutilidad de sus esfuerzos y de la conveniencia de que lo dejen morir. Este conflicto se resuelve con el triunfo del protagonista, quien abandona el hospital para buscar la ansiada muerte.

Lo interesante es que, por la forma como está presentada la obra, el público simpatiza con los esfuerzos del protagonista, y así, cuando éste muere, consideran que la obra termina bien.

En definitiva es un caso en que se dramatiza la larga polémica que ha existido sobre la eutanasia. Y si bien el caso particular puede despertar la adhesión del público, lo que resulta curioso es que el tema de la muerte voluntaria parece ser una de las preocupaciones develadas por el teatro europeo y, también, el norteamericano.

El asunto no deja de llamar a la reflexión. Un continente joven que tiene una población cuyas necesidades vitales están lejos de ser satisfechas, revela su adhesión a la vida en obras dramáticas de gruesas formulaciones, mientras que sociedades que han logrado altos niveles de consumo, se plantean el derecho que asiste al individuo de determinar su propia muerte, en manifestaciones teatrales altamente sofisticadas.

Tal vez, lo que esas manifestaciones dramáticas tan dispares en contenido y forma estén revelando es una realidad profunda: las ansias vitales de sociedades emergentes y el decadente cansancio de un continente gastado.

PARTIQUINO